

Populismo en Europa: una respuesta democrática iliberal al liberalismo antidemocrático*

Cas Mudde

Departamento de Estudios Internacionales
Universidad de Georgia, Athens, Georgia
Estados Unidos

Resumen: En esta conferencia, expongo mi enfoque sobre populismo, que se inscribe en el «enfoque ideacional» hoy dominante; discuto la compleja relación entre populismo y política, e identifico algunas de las principales causas del actual «populist Zeitgeist». Mis principales argumentos son los siguientes: primero, aunque el populismo está relacionado con «crisis» (reales y percibidas), estas supuestas «crisis» son a menudo catalizadores más que causas principales del auge del populismo; segundo, el populismo es esencialmente una respuesta democrática no liberal al liberalismo no democrático; y tercero, el populismo sólo puede superarse con más democracia liberal y no con menos. Ilustro mis argumentos basándome en el reciente auge del populismo en Europa, pero creo que también son válidos en gran medida más allá de ese contexto regional y temporal específico.

Palabras clave: Populismo; Partidos Políticos; Democracia Liberal; Europa.

Populism in Europe: an illiberal democratic response to undemocratic liberalism

Abstract: In this lecture, I lay out my approach to populism, which falls within the now dominant 'ideational approach' of populism, discuss the complex relationship between populism and politics, and identify some of the main causes of the ongoing 'populist Zeitgeist'. My main arguments are, first, while populism is related to (real and perceived) 'crises', these so-called 'crises' are often catalysts rather than prime causes of the rise of populism; second, populism is essentially an illiberal democratic response to undemocratic liberalism; and third, populism can only be overcome by more rather than less liberal democracy. I illustrate my arguments on the basis of the recent rise of populism in Europe, but believe they also largely hold true beyond that specific regional and temporal context.

Keywords: Populism; Political Parties; Liberal Democracy; Europe.

* Este artículo es una versión ligeramente modificada de una anterior, publicada en inglés en *Government and Opposition*, 56(4), 2021, 577-597.

INTRODUCCIÓN

Permítanme comenzar con una anécdota personal que está directamente relacionada con esta conferencia, y con el artículo que lo inició todo, «The Populist Zeitgeist», publicado en la revista *Government and Opposition* hace más de quince años (Mudde, 2004). Había estado estudiando la extrema derecha durante algunos años y me hallaba inmerso en la elaboración de mi doctorado, cuando comencé a pensar en el término populismo, que cada vez se utilizaba más, en particular debido al trabajo innovador de Hans-Georg Betz (1994). Aun así, no estaba demasiado convencido de su definición. Así que traté de buscar a otros autores y perspectivas y, finalmente, acudí a Margaret Canovan (1981), cuyo trabajo ha sido muy influyente dentro de los estudios sobre populismo, a pesar de que nunca llegó a definir claramente tal concepto. Este vacío me condujo a la obra de Ernesto Laclau. Leí, o creí leer, su libro de 1977 *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*¹, sin embargo, debo reconocer que fui incapaz de entenderlo. En definitiva, no tenía ni idea de lo que estaba escribiendo y, después de aceptar la derrota intelectual, decidí no usar el término «populismo», ya que, claramente, no tenía el suficiente nivel intelectual como para comprender su significado.

Poco cambió hasta que me trasladé a la Universidad de Amberes, donde codirigí a un estudiante ya graduado, Jan Jagers, que estaba trabajando en un doctorado sobre el fenómeno populista entre los partidos flamencos. Tuvimos muchas discusiones sobre el término «populismo» y desarrollamos diversas conceptualizaciones separadas, aunque superpuestas, del mismo. Un día, volví a la Universidad de Leiden, mi alma mater, y me reuní con mi antiguo supervisor de doctorado, el gran Peter Mair. Le dije: «He estado pensando en el populismo, y creo que vivimos en un Populist Zeitgeist [momento populista]». Se levantó prácticamente de un salto y dijo: «Populist Zeitgeist, eso es perfecto, escribe un artículo sobre eso». Le respondí que solo tenía una definición de populismo y una idea muy general en este momento, pero él insistió en que escribiera un artículo. «Con un título como ese, te citarán mucho», afirmó, lo que resultó ser cierto. Aunque, curiosamente, no se citó mucho durante los primeros diez años; y solo despegó más recientemente, en particular desde el *annus horribilis* 2016, que vio una explosión de «estudios sobre populismo» (Rovira Kaltwasser *et al.*, 2017a).

1 Existe una edición en castellano editada por Siglo XXI en 1978 [N. del T.]

En esta conferencia quiero exponer mi propio enfoque del populismo, que se encuadra dentro del ahora dominante «enfoque ideacional». Analizo la compleja relación entre populismo y política, e identifico algunas de las principales causas del actual «Populist Zeitgeist». Los principales argumentos son los siguientes; primero, mientras que el populismo está relacionado con las «crisis» (reales y percibidas), las crisis son a menudo catalizadores en lugar de causas principales; segundo, el populismo es esencialmente una respuesta antiliberal y democrática al liberalismo antidemocrático; y tercero, el populismo sólo puede ser superado por más democracia liberal en lugar de menos (Haw Kins & Rovira Kaltwasser, 2017; Mudde, 2017).

Populismo: una definición

En mi artículo de 2004 presenté una nueva definición de populismo que desde entonces ha sido utilizada por un grupo cada vez mayor de académicos y no académicos, aunque es importante tener en cuenta que también hay muchos que la rechazan (Aslanidis, 2016; Freedon, 2017). Sin embargo, hay pocas dudas de que el enfoque ideacional, en el que el populismo es visto como un conjunto de ideas centradas en la noción de que el «pueblo» se opone a la «élite», ha alcanzado un estatus que es lo más parecido a un consenso académico². Uno de los pocos enfoques alternativos populares es el de Laclau (Laclau, 2005; Borriello y Jäger, 2020), que a menudo se denomina «formal-discursivo» (Stavrakakis *et al.*, 2018), aunque las diferencias entre los estudiosos «ideacionales» y «laclauanos» suelen ser mucho menores en los estudios empíricos de lo que la literatura especializada los suele presentar³.

Mientras que el enfoque ideacional define el populismo como un conjunto de ideas, yo lo defino específicamente como una «ideología delgada» que considera que la sociedad está separada en última instancia en dos grupos homogéneos y antagónicos: el «pueblo puro» y la «élite corrupta», que defiende que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general) del pueblo (Mudde, 2004, p. 543). Permítanme exponer brevemente algunos aspectos específicos de mi definición.

2 Este no es el lugar para revisar el debate cada vez mayor sobre la definición de populismo, que sigue dominando (demasiado) gran parte del debate académico y público. He discutido esto antes (Mudde, 2017) y hay otras publicaciones que ofrecen excelentes descripciones generales del debate. Véanse, por ejemplo, Moffitt (2020); Rovira Kaltwasser *et al.* (2017).

3 Para ser absolutamente claro, rechazo la noción de que haya un «Muddean camp» o incluso un «Muddean frame» (Maiguashca, 2019). A diferencia de Laclau, no he creado un nuevo enfoque epistemológico, sino que he contribuido a aclarar, y tal vez ayudé a popularizar, el enfoque ideacional mucho más antiguo, que se podía encontrar en la mayoría de los textos fundacionales del estudio comparativo del populismo. Véase, por ejemplo, Canovan (1981); Gellner y Ionescu (1970).

En primer lugar, lo llamo una ideología «thin-centred» («ideología delgada»), en lugar de una ideología *per se*, porque el populismo por sí solo no nos dice mucho sobre qué tipo de mundo quieren los populistas; algo que por el contrario sí ocurre con las ideologías «thick-centred» «ideologías gruesas o plenas» como son el liberalismo y el socialismo⁴. Al mismo tiempo, lo considero un tipo de ideología, por limitada que sea, y no solo un «discurso» o un «estilo» político, porque no es solo un instrumento para llegar al poder. En realidad, también informa sobre las políticas cuando los populistas llegan al poder o cuando están empoderados, como puede observarse desde Hungría hasta Venezuela (García-Guadilla y Mallén, 2018; Palonen, 2018; Mudde, 2021).

En segundo lugar, la base del populismo, desde mi perspectiva, es el «monismo» y el «moralismo» (Mudde, 2017). El populismo es una ideología monista en el sentido de que percibe o entiende al «pueblo» como una unidad, con cada miembro individual del «pueblo» compartiendo exactamente los mismos intereses y valores. Los populistas no creen en el pluralismo social, es decir, la opinión de que existe una sociedad formada por diferentes grupos con diversos intereses legítimos y donde la política debe hallar algún tipo de consenso entre (la mayoría de) estos grupos. Para los populistas, sólo hay dos grupos, y únicamente uno es legítimo, porque la «élite» es corrupta y, por tanto, no merece los derechos y protecciones de una oposición legítima.

Además del monismo, el moralismo es fundamental para entender el fenómeno político del populismo. Para los populistas, la distinción entre el «pueblo» y la «élite» es moral; es decir, se trata de ser «moralmente puro» frente a ser «moralmente corrupto». En otras palabras, no es una cuestión de si tienes poder o dinero; como tampoco es una distinción de clases sociales. Esto contribuye a explicar por qué tantos líderes populistas son en realidad muy ricos, y algunos han estado en el poder (por ejemplo, Thaksin Shinawatra en Tailandia) o cerca del poder (por ejemplo, Silvio Berlusconi en Italia); la mayoría de los populistas son *insider-outsiders* en lugar de verdaderos *outsiders* (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). La riqueza y el poder en sí mismos no hacen que uno forme parte de la «élite». Lo que hace que uno forme parte de ese cuerpo social es tener unos valores equivocados, que hoy en día a menudo se encubren con términos como «cosmopolitismo», especialmente entre los populistas de derechas.

4 La distinción entre ideologías «delgadas» y «gruesas o plenas» proviene de Michael Freeden (1998), aunque me gustaría señalar que Freeden no concibe el populismo como una «ideología delgada». Véase, respectivamente, Freeden (2017); Aslanidis (2016).

En tercer lugar, el monismo y el moralismo están en el centro de la compleja y controvertida cuestión de la relación entre populismo y democracia. Según mi definición, el populismo no es necesariamente malo para la democracia, pero depende de la forma en cuestión, por supuesto, de democracia más que de populismo. El populismo está a favor de la democracia, pero en contra de la democracia liberal. O dicho de otro modo, si observamos la democracia desde una perspectiva schumpeteriana⁵, se trata de la soberanía popular y del gobierno de la mayoría, lo que significa, lisa y llanamente, que en un sistema democrático el pueblo elige a sus líderes por mayoría. Por supuesto, lo que solemos entender por «democracia» es mucho más complejo, pero técnicamente se trata de la democracia liberal que combina la soberanía popular y el gobierno de la mayoría con la protección de los derechos de las minorías, el Estado de derecho y la separación de poderes (Diamond, 2003; Mouffe, 2000). Es con esas prescripciones liberales con las que el populismo tiene un problema, y las razones clave son su monismo y su moralismo. Cuando se cree que el «pueblo» es una masa social homogénea y que la única alteridad existente es la élite, que además es corrupta, entonces no hay derechos legítimos de las minorías, porque no hay minoría legítima. Y si la política debe ser «la voluntad general del pueblo», nada puede estar por encima de ella, ni siquiera un Tribunal Supremo.

En cuarto lugar, el populismo no es en sí mismo ni de izquierdas ni de derechas, pero la mayoría de los actores populistas sí lo son. Que los partidos o políticos populistas sean de izquierdas o de derechas no depende de su populismo, sino de su ideología de acogida, a menudo una «ideología gruesa». Casi todos los populistas de éxito combinan el populismo con una ideología de acogida (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). Los partidos populistas de derecha radical, como Alternativa para Alemania (AfD) o el Partido Popular Indio (BJP), lo combinan con el nativismo, mientras que los partidos populistas de izquierda, como la Coalición Griega de la Izquierda Radical (SYRIZA) o los Combatientes por la Libertad Económica (EFF) sudafricanos, lo ajustan con alguna forma de socialismo.

En quinto y último lugar, el populismo suele ser secundario a la ideología anfitriona. Una de las pocas excepciones es el Movimiento Cinco Estrellas italiano (M5S), cuyo «populismo ecléctico» no parece tener una ideología

5 El economista político austriaco Joseph Schumpeter definió la democracia como un mero procedimiento: El método democrático es el arreglo institucional para llegar a decisiones políticas que realizan el bien común haciendo que el propio pueblo sea el que decida las cuestiones mediante la elección de los individuos que han de reunirse para llevar a cabo su voluntad». Véase en Schumpeter (1956: 269).

anfitriona estable (Mosca y Tronconi, 2019). Casi todos los demás partidos populistas son otra cosa primero y populistas después. El Partido de la Libertad austriaco (FPÖ) y Fidesz en Hungría son nativistas primero y populistas después. Del mismo modo, el partido político Unidas Podemos en España y el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) son antes que nada socialistas, al menos en teoría, y populistas después. Así que, aunque esto pueda resultar frustrante, es significativo recordar que el populismo sólo puede contarnos una parte de la historia sobre su emergencia política. Cuando queremos entender el ascenso de la derecha radical populista o de los partidos populistas de izquierda, el populismo es una parte del rompecabezas, y a menudo sólo una parte menor.

La paradoja política del populismo

Dicho esto, hay algo interesante en el auge del populismo. Si nos situamos en los inicios del siglo XX, hay que recordar que la mayoría de los movimientos nativistas y socialistas no eran populistas. Casi todos eran elitistas de alguna manera, es decir, extremistas (más taxativamente, antidemocráticos) o paternalistas. Pensemos en los diversos movimientos y regímenes fascistas, que despreciaban a la democracia como gobierno de los «mediocres» o los «débiles», o en los partidos y regímenes marxistas-leninistas, que creían que el Partido Comunista era la vanguardia de la clase obrera y apoyaban una «dictadura del proletariado». Hoy en día, la principal oposición a la política democrática liberal dominante es populista y creo que es algo sobre lo que deberíamos reflexionar mucho más.

Para preparar uno de mis cursos leí al gran Seymour Martin Lipset, que realmente debería ser leído con más frecuencia, y no sólo su clásico *Political Man* (1960). En particular, en 1955, Lipset publicó un artículo sobre la derecha radical estadounidense en *British Journal of Sociology* que sigue siendo la mejor referencia para comprender el fenómeno Trump, adelantándose más de medio siglo a su llegada (Lipset, 1955). En otro artículo también pionero, «Some Social Requisites of Democracy», Lipset afirmó que «el patrón característico de las democracias occidentales estables a mediados del siglo XX es el de una fase ‘post-política’, es decir, hay poca diferencia entre la izquierda y la derecha democráticas» (Lipset, 1959, p. 100). Desde esta perspectiva, observo el auge del populismo muy en el contexto de lo que Lipset llamó «post-política», o lo que Arend Lijphart (1977), dos décadas más tarde, denominó «despolarización».

Por otro lado, en lo que considero la paradoja política del populismo, me siento muy inspirado por dos de los autores más inteligentes que han escrito

sobre el populismo. La primera es Margaret Canovan, que lamentablemente falleció en 2018, pero que ha sido muy influyente para mí y para el campo en general, y es en muchos sentidos la verdadera decana intelectual de los estudios sobre populismo (Canovan, 1999). La segunda es Chantal Mouffe, que aunque hace una interpretación del populismo diferente a la mía, su análisis de la democracia liberal ha sido realmente acertado (Mouffe, 2000). Al margen, no pretendo que Canovan o Mouffe compartan o compartieran la misma paradoja política del populismo, pero yo mismo no habría podido advertirla sin la labor fundacional de estas dos excepcionales estudiosas.

La paradoja política del populismo es que es a la vez antipolítico y «über-político». Es antipolítico en el sentido de que niega la oposición legítima, dado que la política consiste en distribuir el poder y encontrar una especie de compromiso político o solución a diferentes posiciones. Tal como Jan Werner Müller (2016, p. 3) ha expresado de forma tan sucinta y elocuente: «ellos y solo ellos representan al pueblo». Para el populista no hay política porque (todo) el «pueblo» es uno y solo uno. No hay razón para la deliberación o el compromiso, porque si yo formo parte del «pueblo», entonces, lo que yo crea que es moralmente correcto, será aceptado por todos los demás miembros del «pueblo» que, lógicamente, pensarán que es bueno también ya que todos compartimos los mismos intereses y valores fundamentales. Al mismo tiempo, el populismo es «über-político» en el sentido de que considera que todo está sujeto a la voluntad del pueblo. Al fin y al cabo, la política debería ser una expresión de «la voluntad general del pueblo» y nada está por encima de ella. En la práctica, es la (re) politización de la política lo que está en el corazón de la reivindicación populista.

Como argumentaré más adelante, en esencia, el populismo contemporáneo es una respuesta democrática iliberal al liberalismo no democrático. Es una respuesta a la despolitización de la política, que ha caracterizado a la política (europea) durante al menos cuatro décadas. Mientras que la mayoría de los políticos de la corriente dominante han estado proclamando con vehemencia y perseverancia: «no podemos decidir eso o aquello» o «There Is No Alternative» (TINA), los populistas han respondido afirmando que todo es política. Si la mayoría quiere obtener algo, tiene derecho democrático a ello. Sin embargo, el populismo es iliberal democrático, porque, como se argumentó con anterioridad, rechaza fundamentalmente cualquier tipo de limitación al poder de la mayoría. En cierto sentido, es una forma de extremismo mayoritario. Antes de analizar las principales causas estructurales del actual «populist Zeitgeist», permítanme esbozar brevemente los antecedentes históricos del populismo en Europa.

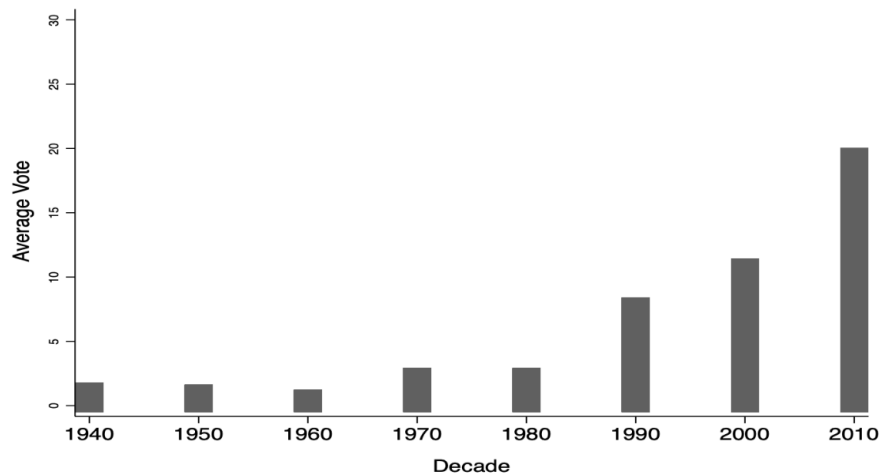
Una breve historia del populismo en Europa

El populismo surgió en Europa a mediados del siglo XIX con los *narodniki* en la Rusia zarista, un pequeño movimiento intelectual urbano que abandonó la ciudad por el campo para decir a los campesinos: «vosotros sois el verdadero pueblo, vosotros debéis tener el poder». Para su sorpresa, los campesinos respondieron diciendo: «No os creemos, sinceramente, y necesitamos trabajar para no morirnos de hambre». Así que los populistas decidieron matar al zar, lo que condujo a una represión brutal y a la (literal) de los *narodniki*, y esa fue más o menos la historia (Wortman, 1967). El movimiento *narodnik* tuvo cierta influencia en partes de Europa del Este a principios del siglo XX (Held, 1996), pero el populismo, en general permaneció, en gran parte latente dentro de Europa hasta que despertó en la década de 1980.

Se produjeron algunos episodios populistas de carácter local en el período temprano de la segunda posguerra, como el «poujadismo» en Francia, los partidos contrarios a las tasas impositivas en Dinamarca y Noruega, y el Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK) en Grecia. Pero el populismo solo llegó a adquirir mayor relevancia dentro de Europa Occidental a finales de la década de 1980, y más concretamente a mediados de la década de la siguiente, con el auge de partidos políticos como, por ejemplo, el Frente Nacional (FN) en Francia (Betz, 1994). El FN (ahora Agrupación Nacional) fue en gran medida el prototipo de lo que he llamado el partido de la «derecha radical populista» (Mudde, 2007). Aunque en cierta medida olvidados, partidos como el FN y el FPÖ obtuvieron alrededor del 15 por ciento del voto nacional a mediados de la década de 1990. De hecho, el FPÖ no obtuvo su récord electoral en 2017, sino en 1999, cuando obtuvo el 26,7 por ciento de los votos nacionales.

La Gran Recesión de 2008 impulsó el populismo tanto de izquierda como de derecha, aunque no tanto como a menudo se supone. Esto dio un impulso particular a la izquierda, especialmente allí donde se produjeron estallidos y protestas sociales contra la austeridad que desembocaron, en algunos casos, en la creación de partidos políticos, como fue el caso de Podemos en España, o SYRIZA en Grecia, que pasó de ser un partido marginal a uno realmente importante. Si bien también benefició a algunos partidos populistas de derecha radical, el efecto general de la Gran Recesión sobre la derecha radical populista fue bastante marginal (Mudde, 2016). Aproximadamente la misma cantidad de partidos populistas de derecha radical experimentaron un aumento como una disminución en su apoyo electoral.

FIGURA 1. *Apoyo electoral medio de los partidos populistas europeos por década*



Fuente: Elaboración propia.

Como se ilustra en la figura 1, los partidos populistas fueron bastante marginales en Europa hasta la década de 1980 y solo comenzaron a incrementar su apoyo electoral en la década de 1990. Desde entonces han tenido una tendencia al alza con bastante rapidez en la década de 2010, alcanzando ahora una media de aproximadamente el 25 por ciento de la nota en las elecciones parlamentarias nacionales⁶. Si bien estos datos son significativos, sigue siendo solo una fracción de la «voluntad general», lo que hace que la enorme masa de literatura sobre el populismo en general, y los partidos populistas en particular, sea desproporcionada en el mejor de los casos, y excesiva en el peor.

Sin embargo, aunque el apoyo a los partidos populistas es ya casi general en toda Europa, su distribución continental sigue siendo muy heterogénea. La tabla 1 ofrece una visión general del apoyo electoral a los partidos populistas en las elecciones nacionales en todos los países de la UE (además del Reino Unido). La primera columna contiene el nombre del país; la segunda, el nombre del partido populista más exitoso del país; la tercera, el resultado de ese partido en las últimas elecciones nacionales (antes de 2021); la cuarta el apoyo total de todos los partidos populistas en ese país; la quinta el cambio en el apoyo populista total entre la última y las anteriores elecciones nacionales; y la última columna el cambio en el apoyo total entre las primeras elecciones nacionales posteriores a la crisis y las últimas elecciones nacionales previas a la crisis⁷.

⁶ La figura incluye las elecciones hasta 2017, pero el balance general de los partidos populistas no ha cambiado significativamente en los últimos años.

⁷ Si bien es difícil precisar el comienzo y el final exactos de la crisis económica de la Gran Recesión para cada país, de acuerdo con las evaluaciones de los economistas (Uhlig, 2010), he fechado la crisis desde principios de 2008 hasta mediados de 2009. Por lo tanto, la columna «Change Crisis» informa del porcentaje total de apoyo populista en la primera elección legislativa nacional desde 2010 menos el de las últimas elecciones antes de 2008.

TABLA 1. Resultados de los partidos populistas en los Estados miembros de la UE en 2019 Elecciones europeas y elecciones nacionales más recientes

País	El mayor partido populista	% NAT	% EP 2019	% Nat Total	% EP Total	% Cambio	% Cambio
Austria	Partido de la Libertad de Austria (FPÖ)	16.2	17.2	16.2	17.2	-11.0	+12.0
Bélgica	Interés flamenco (VB)	12.0	11.7	12.0	13.5	+6.4	-12.4
Bulgaria	Ciudadanos por el Desarrollo Europeo de Bulgaria (GERB)	9.1	31.1	13.3	37.0	+3.1	-14.7
Croacia*	Escudo humano (Zivi Zid)	7.4	5.7	7.8	15.6	+1.6	+2.7
Chipre	Alianza Ciudadana (SYM/SYPOL)	6.0	3.3	6.0	3.3	+6.0	+6.0
República Checa	Acción de Ciudadanos Insatisfechos (ANO)	10.6	21.2	12.2	30.3	+2.8	+11.2
Dinamarca	Partido Popular Danés (DF)	8.7	10.8	11.1	10.8	-10.0	+7.4
Estonia	Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE)	17.8	12.7	17.8	12.7	9.7	+0.9
Finlandia	Partido Finlandés (PS)	17.5	13.8	18.5	14.1	-0.7	+15.0
Francia	Frente Nacional / Agrupación (FN / RN)	13.2	23.3	24.2	33.1	+3.7	+19.9
Alemania	Alternativa para Alemania (AfD)	12.6	11.0	21.8	16.5	+8.5	+12.5
Grecia	Coalición de la Izquierda Radical (Syriza) (SYRIZA)	31.5	23.8	38.7	31.8	-3.4	+33.3
Hungría	Coalición (FIDESZ - Magyar Polgári Szövetség + Kereszténydemokrata Néppárt) (FIDESZ + KDNP)	49.3	52.6	68.5	58.9	+3.5	+62.8
Irlanda	Sinn Fein (SF)	24.5	11,7	24.5	11.7	+10.7	+6.8
Italia	Movimiento Cinco Estrellas (M5S)	32.7	17.1	68.4	32.3	17.1	+23.0
Letonia	¿Quién es el dueño del Estado? (KPV LV)	14.3	0.9	14.3	0.9	+13.1	-0.3
Lituania	Partido Laborista (DP)	9.8	9.0	11.0	18.72	+5.4	-5.9
Luxemburgo	Partido Alternativo de la Reforma Democrática (ADR)	8.3	10.0	8.3	10.0	+1.7	-4.4
Malta	Movimiento de Patriotas Malteses (MPM)	0.4	--	0.4	--	+0.4	+0.4
Países Bajos	Foro para la Democracia (FvD)	13.1	11.0	24.0	17.9	+4.2	+17.2
Polonia	Ley y Justicia (PiS)	43,6	45.4	43,6	49.1	-2.8	+11.5
Portugal	¡Bastante! (CH)	1.3	--	1.3	--	+0.9	+0.3
Rumania	Partido de la Gran Rumania (PRM)	0.6	--	0.6	--	-3.3	-11.9
Eslovaquia	Dirección-Socialdemocracia (Smer-SD)	25.0	15.7	54.7	28.3	+17.8	-13.0
Eslovenia	Partido Democrático Esloveno (Coalición SDS + SLS) (SDS)	24.9	26.3	51.6	52.1	+49.4	-4.1
España	Coalition Unidas Podemos Cambiar Europa (Unidas Podemos + Izquierda Unida + Catalunya en Comú + Barcelona en Comú) (Podemos)	15.1	10.2	27.9	17.7	+6.7	+21.2
Suecia	Demócratas de Suecia (SD)	17.5	15.3	17.5	15.3	4.6	+10.0
Reino Unido	Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP)	1.1	3.2	1.1	3.8	-1.6	-0.2
UE (28)	Todos los partidos populistas						+7.5

*Croacia: Escudo Humano (Zivi Zid) obtuvo la mayor proporción de votos entre los partidos populistas en las elecciones europeas de 2019, mientras que las últimas elecciones legislativas nacionales fueron en 2017, en las que MOST obtuvo el mayor voto entre los partidos populistas.

Fuente: Elaboración propia.

Veamos en primer lugar los promedios y las tendencias. En promedio, el partido populista con mayor número de electores obtuvo el 17,4 por ciento de los votos, mientras que el voto total promedio para los partidos populistas fue del 25,5 por ciento. En otras palabras, en promedio, uno de cada cuatro europeos votó por un partido populista en las elecciones nacionales; hay que subrayar en este sentido que el apoyo promedio no fue mucho mayor en las elecciones europeas. Ahora bien, la tendencia es al alza. Los partidos populistas obtuvieron, de media, un 3,8 por ciento más de votos en las últimas elecciones nacionales que en las anteriores. Sin embargo, existen enormes diferencias dentro del solar europeo.

Así, por ejemplo, el partido populista más exitoso consiguió casi la mitad de los votos en las últimas elecciones nacionales (FIDESZ con 47,9 por ciento), aunque difícilmente fueron «libres y justas» (ODHIR, 2018), mientras que el más pequeño obtuvo menos del 1 por ciento (MPM con 0,4 por ciento). Del mismo modo, el voto populista total ha oscilado entre más de dos tercios (Hungría con el 71,2 por ciento) y menos del 1 por ciento (Malta con 0,4 por ciento). Los promedios son impulsados por un número relativamente pequeño de países, ya que solo un tercio de los países (9 de los 28) tienen un electorado populista total que está por encima del promedio del 25,5 por ciento. Más concretamente, en cuatro países, la (gran) mayoría de la población vota por un partido populista (Hungría, Italia, Eslovaquia y Eslovenia). Y únicamente en seis países el voto populista total sigue siendo de un solo dígito. En los últimos cinco años, el electorado populista aumentó en 20 de los 28 países más del 70 por ciento, pero solo en 10 lo hizo de forma significativa (es decir, en más del 5 por ciento)⁸.

Casi todas las teorías del populismo argumentan que los populistas prosperan durante las «crisis», reales o percibidas (Moffitt, 2016), a pesar de que el concepto de «crisis» sigue siendo uno de los menos claramente definidos y teorizados en la literatura de las ciencias políticas. Por lo tanto, no es de extrañar que la Gran Recesión se considerara, en general, un gran impulso para el populismo. Pero, como sucede a menudo, el panorama era mucho más complejo y matizado de lo que la opinión generaliza creía (Kriesi y Pappas, 2015). En promedio, los partidos populistas lograron un 4,7 por ciento del electorado durante la Gran Recesión, lo cual es significativo, pero no tan sorprendente. Solo en 8 países el conjunto del voto populista aumentó significativamente, es

⁸ Este aumento fue casi exclusivamente de la derecha, lo que probablemente sea una consecuencia de la llamada «crisis de los refugiados», que ha transformado de forma significativa la política europea. Véase al respecto Mudde (2019).

decir, en más del 10 por ciento. Curiosamente, el promedio en los 16 países de la zona euro (de aquel momento) fue solo un 0,1 por ciento más alto. Quizá, lo más sorprendente, es el hecho de que 3 de los 5 países que recibieron rescates de la UE no vieron ningún cambio en el voto populista. Esto no quiere decir, por supuesto, que la crisis económica no tenga entre otras consecuencias un apoyo del electorado a los partidos populistas, sino más bien que podría retrasarse hasta que llegara su momento, tal como argumentó Béla Greskovits (1998) una década antes de la Gran Recesión inspirándose en la experiencia latinoamericana de finales del siglo XX. Este auge populista retardado ha sido más llamativo en España (con Podemos primero y VOX después) y parece haber comenzado más recientemente también en Portugal (con Chega). Entonces, si las «crisis» son los catalizadores en lugar de las causas del auge del populismo, cabe preguntarse qué explica el aumento relativamente reciente del apoyo a los partidos populistas en Europa.

Las causas estructurales del «populist Zeitgeist»

El populismo se alimenta de las tensiones y contradicciones inherentes a la democracia liberal, sobre todo entre el gobierno de la mayoría y los derechos de las minorías (Abts y Rummens, 2007; Mouffe, 2000). Aunque se beneficia de las crisis económicas y políticas (reales o percibidas), como la Gran Recesión, su aumento relativamente reciente tiene causas más profundas y estructurales. Volviendo al núcleo de mi análisis, sostengo que el actual «populist Zeitgeist» es una consecuencia de una transformación subyacente que tiene (al menos) tres aspectos clave; primero, el surgimiento del liberalismo no democrático; segundo, un cambio en la relación entre los gobernantes y los gobernados; y tercero, la democratización de los medios de comunicación. Aunque teórica y empíricamente están separados, estos factores se hallan interconectados, fortaleciendo así su efecto colectivo.

El ascenso del liberalismo antidemocrático se debate bajo muchos términos diferentes, incluyendo «globalización neoliberal», «posdemocracia» y «tecnocracia» (Crouch, 2000; Mair, 2013; Radaelli, 2013). Si bien muchos de estos vocablos, así como la vasta masa de debates y publicaciones relacionada con ellos, se centran casi exclusivamente en la dimensión económica, sugiero que el proceso de liberalismo no democrático va mucho más allá de la economía neoliberal. Si bien es cierto que la despolitización tuvo un efecto particularmente fuerte en el sector económico, a través de la privatización de la esfera pública y la desregulación de los mercados financieros, muchos aspectos no económicos también fueron «liberalizados». El aborto y la pena de muerte son buenos ejemplos de temas controvertidos que se han legalizado en la ma-

yoría de los países europeos. En las últimas décadas, muchos problemas económicos y políticos se han convertido en cuestiones jurídicas, lo que significa que se han sacado de la arena política, especialmente de la electoral.

A nivel formal, este desplazamiento se produjo dentro de los términos democráticos, pero a menudo solo en su sentido más restringido. Aunque las personas que implementaron estas políticas fueron elegidas democráticamente, es decir, en elecciones libres y justas, muchas de estas decisiones se tomaron en gran medida sin un debate público. Como la mayoría de los partidos políticos no hicieron campaña sobre ellos, y a veces ni siquiera mencionaron las políticas en sus programas electorales, las decisiones se tomaron fuera del control popular. Esto hizo que la mayoría de la gente no tuviera voz real en la toma de decisiones, ya que, o bien el tema no figuraba en la agenda política, o la mayoría de los partidos (principales) tenían posiciones casi idénticas. No es de extrañar, por tanto, que el gran público ni siquiera sea consciente de algunas de estas decisiones.

Probablemente el mejor ejemplo de una política liberal apoyada por los principales partidos de la corriente dominante, pero mantenida al margen de la agenda política durante décadas, sea la inmigración. Aunque, como sabemos, la inmigración es anterior a la «era neoliberal», no se politizó en la mayoría de los países europeos hasta la década de 1990, con la irrupción electoral de los partidos populistas de derecha radical. Durante décadas, las políticas de inmigración, desde los «trabajadores invitados» a los «refugiados» de Europa del Este, pasando por la reagrupación familiar, se hicieron al margen del ámbito electoral. La mayoría de las políticas de inmigración eran democráticas en su proceso pero antidemocráticas en su espíritu. Iban en contra del espíritu de la democracia, es decir, allí donde la población debate las políticas y sólo entonces los políticos deben tomar decisiones al respecto.

El proceso de integración europea es otro buen ejemplo de liberalismo antidemocrático (Parsons & Weber, 2011). Durante décadas, las políticas europeas se elaboraron partiendo del supuesto de que existía un denominado «consenso permisivo» en el seno de las poblaciones europeas (Hooghe & Marks, 2009), que «legitimaba» las políticas favorables a la integración de las élites políticas (puede que lo hubiera, pero nunca lo sabremos con certeza, porque las encuestas de opinión pública sobre el tema siguieron siendo bastante marginales hasta la década de 1990). La idea es que los pueblos europeos no sabían mucho sobre el proceso de integración europea, pero en general apoyaban el contenido y la dirección del proceso. Dada la amplia gama de euroescepticismo que se ha hecho visible desde que la integración europea se ha politizado (a regañadientes), de nuevo principalmente por partidos populistas (de Vries,

2018; Taggart, 2004), es muy probable que algunas decisiones clave no hubieran contado con el apoyo mayoritario de la ciudadanía política europea.

A este respecto, el ejemplo reciente más llamativo es la decisión de la Unión Bancaria de transferir la responsabilidad de la política bancaria del ámbito nacional al europeo (una reacción ante las caóticas y controvertidas respuestas fiscales de la UE a la Gran Recesión) (Baglioni, 2016). Aunque esta decisión ha sido calificada como «uno de los avances más significativos en la integración europea desde el acuerdo sobre la Unión Económica y Monetaria del Tratado de Maastricht» (Howarth & Quaglia, 2014, p. 125), se debatió y decidió casi exclusivamente fuera del ámbito democrático, es decir, electoral. Además, algunas de las decisiones clave sobre los mecanismos específicos, como el Mecanismo Único de Supervisión (MUS) y el Mecanismo Único de Resolución (MUR), fueron aprobadas meses antes de las elecciones europeas de 2014. Así pues, aunque la decisión fue democrática desde una interpretación puramente procedimental, no lo fue desde una perspectiva más sustancial. Si las élites europeas hubieran querido realmente contar con un mandato popular para su decisión, deberían haber hecho de la Unión Bancaria una cuestión clave en la campaña electoral. ¿Qué mejor fuente de legitimidad democrática podría haber?

Incluso después de que el «Consenso de Integración» de la Unión Europea, la economía neoliberal y las sociedades multiétnicas fueran desafiados por los recién llegados partidos políticos, casi exclusivamente partidos populistas, la mayoría de los políticos *mainstream* respondieron con la política TINA. Desde el centro-izquierda hasta el centro-derecha, las decisiones fundamentalmente políticas fueron despolitizadas con el argumento esencialmente antipolítico de que «no hay alternativa». Por ejemplo, en la Conferencia Laborista de 2005, el Primer Ministro británico Tony Blair afirmó de forma simplista: «Oigo a la gente decir que tenemos que parar y debatir la globalización. También se podría debatir si el otoño debiera seguir al verano» (*The Guardian*, 27 de septiembre de 2005). Del mismo modo, ocho años después, y presionado para defender sus duras políticas de austeridad, su «sucesor» tory, David Cameron, dijo, literalmente: «No hay alternativa que asegure el futuro de nuestro país» (*Financial Times*, 7 de marzo de 2013).

En su póstuma obra maestra *Ruling the Void*, Peter Mair (2013) expuso elocuentemente este «vaciamiento de la democracia occidental», debido a la creciente preferencia de la «política responsable» sobre la «política receptiva» entre los principales gobiernos y partidos políticos. La «política receptiva» significa, en síntesis, que los gobiernos y los partidos hacen lo que quieren sus votantes. La «política responsable», por el contrario, significa que hacen lo

que creen que es «responsable», que en la era neoliberal se ha definido principalmente por la teoría económica neoclásica y los caprichos de los mercados internacionales. En muchos casos, la consecuencia directa de la «política responsable» no es otra que la despolitización. Las políticas se desplazan de la arena política (electoral) a través de la privatización, a través de comités e instituciones de «expertos» políticamente independientes (como la mayoría de los Bancos Centrales) o, simplemente, eliminando el debate político argumentando que «no hay alternativa» (Mouffe, 2000; Streeck, 2016).

Sin duda, relacionado con este proceso, ahora estamos viviendo en un periodo de nostalgia. Casi todos los grandes campos políticos evocan un periodo histórico precedente: la derecha radical populista de los años cincuenta, la izquierda «radical» (populista) de los sesenta, y el centro-izquierda y el centro-derecha de los ochenta y noventa⁹. Lo que a menudo olvidamos, sin embargo, es que durante la mayor parte del siglo XX, al menos en Europa, la política fue bastante elitista, o mejor dicho paternalista, con gran parte de los sectores elitarios (culturales, económicos y políticos) desconfiando de la gente corriente. Fue la desconfianza hacia «el pueblo» lo que explica por qué la democracia se introdujo tan gradual y lentamente en Europa Occidental (de Dijn, 2020). Incluso después de que se sancionara formalmente el sufragio universal, a principios del siglo XX, muchas élites vieron confirmados sus temores en la República de Weimar, ya que, según el sentido común heredado, «el pueblo» abolió la democracia al votar a los nazis para que llegaran al poder. No importaba que «solo» un tercio del pueblo hubiera votado a los nazis y que Adolf Hitler solo pudiera llegar al poder gracias a la colaboración de las élites conservadoras (Capoccia, 2015; Ziblatt, 2017). A medida que el elitismo se fue matizando hasta convertirse en paternalismo durante la segunda posguerra, las élites siguieron convencidas de que sabían mejor que el pueblo lo que era bueno para este, mientras que a la mayoría de la gente le parecía bien, al haber sido socializada en el mismo espíritu paternalista por asociaciones tradicionales tales como las iglesias, las escuelas y los sindicatos.

Esta situación ha llegado gradualmente a su fin como consecuencia de una «revolución silenciosa» (Inglehart, 1977). Es decir, a medida que las generaciones de posguerra crecieron cada vez más en condiciones de riqueza económica y seguridad física, desarrollaron prioridades «post-materialistas». Un aspecto menos mencionado de este desarrollo es lo que Ronald Inglehart ha

⁹ La importancia de la nostalgia para el populismo ha sido subrayada, a menudo solo casualmente, en los debates públicos, pero hasta el momento ha recibido una escasa atención académica. Un nuevo estudio pionero muestra la importancia de la nostalgia de diferentes formas de populismo en Turquía (Elçi, 2021).

llamado «movilización cognitiva», que significa que las nuevas generaciones se han educado mejor, pero también han desarrollado más eficacia o autoconciencia política. Como consecuencia, las generaciones post-materialistas son menos deferentes al poder y sienten que pueden tomar decisiones políticas tan bien, o incluso mejores, que las élites políticas.

Al mismo tiempo, hemos asistido al surgimiento de una «clase política» cada vez más cerrada y homogénea, formada por políticos profesionales (Aberbach *et al.*, 1981; von Beyme, 1996; Borchert y Zeiss, 2003). Si bien es importante reconocer que los políticos se han vuelto más pluralistas en algunos aspectos, sobre todo en términos de género, pero también, aunque en menor medida, de sexualidad y etnia (Dancygier, 2017; Kittilson, 2006), los políticos profesionales mantienen una tendencia homogénea en términos de clase y nivel educativo. Independientemente de la ideología del partido¹⁰, el «político de carrera» promedio hoy proviene de un entorno de clase media (alta), es un graduado universitario y procede de ocupaciones profesionales tales como el periodismo y el derecho (Norris, 1999). Este es incluso el caso de los partidos democristianos y socialdemócratas, que solían tener una representación mucho más amplia, sobre todo de agricultores y trabajadores, respectivamente. Actualmente, la mayoría de los trabajadores tienden a sentirse representados por los partidos comunistas y, de forma irónica, por los partidos populistas de derecha radical¹¹.

Estos procesos contradictorios han reconfigurado la relación más fundamental en una democracia, a saber, la que existe entre los gobernantes (élites) y los gobernados (masas/pueblo). Mientras que las masas se han democratizado mucho más, sintiendo por primera vez en sus vidas que son (o deberían ser) participantes iguales en el proceso democrático, las élites se han vuelto más homogéneas y segregadas, en términos de sus características sociodemográficas. Además, en la era neoliberal, las élites políticas han adquirido un acusado sentido «tecnocrático», creyendo que cada vez más aspectos de la vida deberían ser decididos por «expertos», especialmente expertos económicos (neoliberales) y dentro de los términos de la UE (Radaelli, 2013).

Por último, la política ha cambiado fundamentalmente debido a la democratización de los medios de comunicación. Durante gran parte del siglo XX,

10 Si bien la profesionalización y la homogeneización son tendencias en toda Europa, siguen existiendo importantes diferencias nacionales en el reclutamiento de élite. Véase al respecto Hartmann (2009).

11 Desafortunadamente, no hay mucha investigación comparativa sobre los parlamentarios de extrema derecha, y mucho menos sobre sus características sociodemográficas, por lo que aquí me baso principalmente en mis propias observaciones comparativas, así como en algunos estudios nacionales. Véase por ejemplo Wauters (2012).

los medios de comunicación europeos estuvieron controlados por el Estado o por importantes actores políticos como iglesias, partidos políticos y sindicatos. La radio y más tarde la televisión eran casi exclusivamente de propiedad y gestión públicas, y aunque el nivel de influencia política difería significativamente (no sólo entre la Europa del Este y del Oeste, sino también dentro del propio Occidente), el control final recaía en los partidos tradicionales. El auge de los medios de comunicación privados cambió no solo el panorama de los medios en sí, sino también su lógica (Mazzoleni, 2008).

La televisión privada surgió en gran parte de Europa en la década de 1980 y tuvo un efecto drástico en la percepción del mundo por parte del gran público (Michalis, 2013). Al mismo tiempo, muchos periódicos se privatizaron y perdieron el apoyo financiero de los principales actores políticos, lo que cambió su lógica mediática. Los medios de comunicación tradicionales ya no tenían que limitarse a informar de las noticias, dentro de los límites establecidos por sus patrocinadores y controladores, sino que también tenían que obtener beneficios económicos. A medida que los medios de comunicación tradicionales comenzaron a perseguir altas cuotas de audiencia («chase eyeballs»), adoptaron con más regularidad el contenido y el estilo de los medios privados, que coincide en gran medida con el de los populistas (de derecha radical) (Ellinas, 2010).

Por un lado, este proceso tuvo un efecto democratizador sobre los medios de comunicación en términos de control, ya que las antiguas élites, que podían decidir en gran medida los contenidos que se debían ofrecer y los que no eran adecuados para el público, perdieron gran parte de su poder de intervención (Bro y Wallberg, 2014). Por otro lado, creó nuevos guardianes de los medios, en su mayoría élites económicas, y dio lugar a una reducción diferente de los temas tratados. Al fin y al cabo, todos sabemos lo que vende: la vorágine de escándalos y controversia de cualquier tipo (Tumber, 1993). Y los populistas ofrecen eso en toneladas. Así, sin los controles tradicionales y con una nueva lógica mediática, los populistas se convirtieron en una insólita «vaca lechera» política para los medios privados, altamente competitivos y crónicamente infradotados. Esto permitió a los populistas expertos en medios de comunicación contribuir a establecer la agenda política, beneficiándose cada vez más de los procesos electorales (Mazzoleni *et al.*, 2003; Walgrave & De Swert, 2004; Wettstein *et al.*, 2018).

La creciente importancia de las redes sociales ha erosionado aún más las funciones del *statu quo* tradicional para establecer y mantener su agenda política. Es lo que he denominado el «efecto Justin Bieber», un cantautor canadiense que fue antes que nada una gran estrella en YouTube. Y, sin la menor

duda, todo lo que tiene éxito en las redes sociales, como Twitter y YouTube, va a encontrar su camino en los medios de comunicación tradicionales. El populismo tiene una «afinidad electiva» con los medios sociales, sobre todo por su enérgica y extendida «narrativa rebelde» (Gerbaudo, 2018), lo que podría explicar por qué muchos actores y argumentos populistas son desproporcionadamente visibles en los medios sociales (Alonso-Muñoz & Casero-Ripollés, 2018; Engesser *et al.*, 2017), a menudo pareciendo mucho más populares de lo que realmente son en el mundo real. Dado que los periodistas, que son desproporcionadamente activos en redes sociales como Twitter, se ven muy influidos en la elección y el encuadre de sus noticias por las cuentas que siguen en estos medios (Wihbey *et al.*, 2017), ayudan (tal vez ingenuamente) a amplificar los mensajes y la relevancia global de los populistas.

Aun así, es importante no exagerar la importancia de los medios y las redes sociales. Hasta ahora, la mayoría de las investigaciones muestran que las redes sociales intensifican las opiniones de los individuos en lugar de cambiarlas. Además, el uso habitual de las redes sociales sigue estando limitado a una pequeña parte de la población. Aunque la mayoría de los europeos están en Facebook, excepto en Alemania, existen importantes variaciones generacionales (Statista, 2018). Además, la participación en otras plataformas de medios sociales es mucho menor. Por ejemplo, en octubre de 2020, el país europeo con mayor población enganchada en Twitter era el Reino Unido, con 16,65 millones de usuarios, lo que supone una cuarta parte de su población. Pero en Alemania, 5,45 millones de personas estaban en Twitter, lo que supone sólo el 6,5 por ciento (Statista, 2021). Además, una investigación realizada en Estados Unidos muestra que «la mayoría de los usuarios tuitean raramente, pero solo el 10 por ciento más prolífico crea el 80 por ciento de los tuits de los usuarios adultos estadounidenses» (Wojcik & Hughes, 2019).

Por tanto, sin el amparo por parte de los medios de comunicación tradicionales, los efectos políticos de las redes sociales siguen siendo bastante limitados. Un buen ejemplo es la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016, que a menudo se explica por su masiva presencia en Twitter. Pero las redes sociales no hicieron ganar las elecciones a Trump. En primer lugar, Trump tenía una presencia masiva en Twitter gracias a la fama que había acumulado previamente en los medios de comunicación tradicionales, sobre todo gracias a su show televisivo *The Apprentice*, que se emitía en una de las tres principales cadenas de Estados Unidos. Y fueron los medios tradicionales, desde la CNN hasta el *New York Times*, los que dieron una cobertura excesiva a Trump, cuyo valor se estima en casi 6.000 millones de dólares (Sultan, 2017). Aunque es indudable que su presencia en Twitter

contribuyó a aumentar su desproporcionada cobertura social, fueron los *gatekeepers* de los medios tradicionales los que decidieron concederle acceso y llevar su mensaje desde sus pocos millones de seguidores en Twitter a los cientos de millones de personas que consumen los medios tradicionales.

¿Qué podemos hacer?

La pregunta que abre este apartado es la que usualmente me hacen tras haber concluido una conferencia sobre populismo. Por desgracia, no sé si tengo la respuesta adecuada a esa cuestión. Pero, lo que considero que es muy relevante subrayar es que el populismo es ante todo un síntoma más que la causa de los problemas de nuestras sociedades actuales. Dicho de forma más cruda: es un síntoma del mal funcionamiento de la democracia liberal. Ahora bien, como podemos observar una vez que llega al poder, el populismo crea problemas masivos. El caso de Hungría lo confirma, pero incluso este país tiene problemas mucho mayores que Fidesz. No es que a Hungría le fuera extraordinariamente bien antes de que Viktor Orbán regresara al poder. Orbán ganó porque el Primer Ministro socialista Ferenc Gyurcsany fue grabado afirmando que habían mentido en todo con el fin de ganar las elecciones. Así que, claramente, la democracia húngara no iba especialmente bien.

Desde mi punto de vista, la verdadera cuestión no es cómo derrotar al populismo, sino cómo fortalecer la democracia liberal, que no es exactamente lo mismo. Si nos limitamos a derrotar al populismo, la democracia liberal seguirá teniendo problemas. Sin embargo, si se fortalece la democracia liberal, por definición el populismo también se debilitará. Pero, entonces, la pregunta clave aquí es cómo se puede fortalecer la democracia liberal. Examinemos primero dos respuestas muy comunes que hacen más daño que bien, a saber, el «antipopulismo» y la «tecnocracia» (que a veces aparecen combinadas).

Básicamente, el «antipopulismo» afirma que «nosotros», los liberales, somos los puros y, por el contrario, «ellos», los populistas, son los corruptos. El «antipopulismo», por tanto, es la imagen en el espejo del populismo, lo que significa que también es monista y moralista, y por ende, aborrece el compromiso político. El antipopulismo ha sido una respuesta popular contra gobiernos populistas como, por ejemplo, el de SYRIZA en Grecia (Stavrakakis *et al.*, 2018). Y se ha vuelto aún más generalizado dentro de la corriente política tras el doble golpe populista del Brexit y Trump en 2016. Quizá, el peor ejemplo de «antipopulismo» fue el infame discurso pronunciado por Hillary Clinton, en el que afirmó: «Sabes, para ser groseramente generalista, podrías poner a la mitad de los partidarios de Trump en lo que yo llamo la cesta de los deplorables. ¿Verdad?» (Reilly, 2016).

Otra respuesta al populismo es la «tecnocracia», es decir, el gobierno de los expertos («tecnócratas»). Como ya se ha dicho, los argumentos tecnocráticos han cobrado cada vez más fuerza en la era neoliberal, sobre todo en la UE (Mair, 2013). Aunque el populismo y la tecnocracia son diametralmente opuestos en algunos aspectos, sobre todo en la valoración del «pueblo», comparten ciertas posturas relevantes muy problemáticas para la democracia liberal. En esencia, ambos son antipolíticos y pretenden tener la (única) respuesta a todos los problemas de la sociedad. También comparten una crítica al «modelo de partido de la democracia representativa», que es, en esencia, fundacional para las democracias europeas (Caramani, 2017). Incluso si la tecnocracia pudiera derrotar al populismo, no salvaría a la democracia liberal, porque dado que es la tecnocracia (es decir, el liberalismo antidemocrático) la que ha creado el populismo, como argumenté anteriormente, ni siquiera sería capaz de derrotarlo.

Lo que necesitamos es más y no menos política. Aunque suene extraño, el populismo sólo puede ser derrotado repolitizando la política. No a través de un debate populista, sino a través de un debate democrático liberal. Como ha escrito, a mi juicio correctamente, Müller (2016): «hablar con populistas no es lo mismo que hablar como populistas». Esto no quiere decir necesariamente que debemos crear políticas completamente diferentes. Probablemente no tengamos que dar marcha atrás en la integración europea o incluso en la economía neoliberal, de la que personalmente no soy un fan, pero, tal vez sí lo sea una mayoría de la población. Lo que significa es que, cuando los políticos argumentan que deberíamos tener más y no menos integración europea, deberían explicar al gran público porqué creen que es así. Es decir, deberían señalar los problemas y las respectivas alternativas existentes; pero, sobre todo, deberían enfatizar y explicar con claridad a los electores los beneficios de su propia postura.

Por otro lado, se ha convertido en una especie de sentido común la idea de que no se puede derrotar a los populistas con la política convencional. Dentro del (centro) izquierda, se ha vuelto una postura habitual argumentar que el populismo de derecha solo puede ser derrotado por el populismo de izquierda (Mouffe, 2019). Esta es una posición notablemente derrotista, dado que los populistas, por el momento, solo atraen a una minoría de la población en la mayor parte de los países europeos. No creo que necesitemos populismo, sea de izquierda o de centro, para derrotar al populismo de derecha. Tampoco creo que no podamos ganar el debate político con sólidos argumentos democráticos liberales. El caso de Macron o de Merkel lo han demostrado elección tras elección. Y estoy convencido de que si los partidos políticos de la «perma-

nencia» hubieran basado su campaña en enfatizar los aspectos positivos de la pertenencia a la UE, en lugar de los (supuestos) peligros de abandonarla, el Reino Unido todavía formaría parte de la Unión Europea.

Paradójicamente, el «populist Zeitgeist» se está produciendo cuando la gente es abrumadoramente democrática y cada vez más liberal (Kriesi, 2020). De hecho, los europeos se comportan ahora como la teoría democrática siempre ha dicho que deberían comportarse los ciudadanos democráticos. Toman sus propias decisiones, en lugar de seguir al marido, al cura o al líder sindical. Los europeos también son mucho más liberales que nunca. Por supuesto que la islamofobia sigue siendo un problema de gran calado. Pero, admitámoslo, si hubiéramos hecho una encuesta sobre la islamofobia en los años cincuenta, los resultados habrían sido los mismos, o incluso peores. Sin embargo, si nos fijamos en las opiniones sobre la igualdad de género y la homosexualidad, los europeos contemporáneos son (mucho) más liberales que las generaciones precedentes (Wike *et al.*, 2019; Wilson, 2020). Así que, al menos en ese sentido, el populismo radical de derecha es en realidad una forma política del pasado más que del futuro.

El principal reto de la política europea contemporánea no es, por tanto, el populismo, sino el vacío ideológico en el seno de la corriente política dominante. Los partidos socialdemócratas han perdido el rumbo con la Tercera Vía que los redujo a una forma inferior del centro-derecha (Streeck, 2016). Pero los partidos de centro-derecha están experimentando un desarrollo similar en este momento, en el que tienen un éxito temporal sobre la base de la ideología de la derecha radical populista, mientras al mismo tiempo pierden lenta pero constantemente su base ideológica y sus apoyos (Bale & Rovira Kaltwasser, 2021). Ya es hora de que los demócratas liberales vuelvan a narrar una historia ideológica convincente. Esa nueva narrativa debería de ser, por supuesto, democristiana, socialdemócrata, verde, liberal, conservador, *inter alia*. Es decir, necesitamos muchas historias diferentes que reflejen y reconozcan el pluralismo de grupos y puntos de vista diferentes que están en la base real de nuestras sociedades. Los distintos relatos ideológicos deben hacer hincapié en las diferencias entre unos y otros, pero también deben reconocer explícitamente que las otras partes son oponentes, con puntos de vista diferentes, pero legítimos, y no enemigos (Mouffe, 2000). Y, sin la menor duda, también deberían insistir enérgicamente en que el compromiso es la esencia de la política democrática liberal.

Ha llegado el momento de terminar con el «populist Zeitgeist». Uno de los pasos más importantes para ello es dejar de utilizar el vocablo «pueblo» de forma homogénea y desechar la idea de que un partido o un político tiene la

exclusividad de representar al «pueblo» o de saber lo que es bueno y correcto para «el pueblo». Tenemos que reconocer que no hay nada que sea bueno para «todo» el pueblo, o al menos para todo el pueblo de la misma manera. Ni siquiera la protección del medio ambiente. Evidentemente, es necesario implementar políticas para que no perezcamos ante el calentamiento global, pero incluso estas políticas serán mucho más costosas o intrusivas para algunas personas que para otras, una lección que el presidente francés Emanuel Macron ha aprendido por las malas con las protestas populistas del *Mouvement des gilets jaunes*. Solo enfatizando y legitimando los diferentes grupos, intereses y valores que existen en todas las sociedades podremos revitalizar eficazmente la democracia liberal. Es hora de volver a un *Zeitgeist* pluralista.

Epílogo: Populismo y COVID-19

Los últimos años han estado dominados por las consecuencias de la pandemia de COVID-19, que también ha dado lugar a un frenesí de especulaciones sobre cuáles serían sus efectos sobre el populismo. Como era de prever, la mayoría de las especulaciones han estado fuertemente influidas por Trump, u otro contexto nacional específico, lo que llevó a generalizaciones regionales e incluso globales. Sin duda, como observaron varios autores la pandemia tendría efectos negativos visibles en la política populista. Así, por ejemplo, Hans-Georg Betz (2021) declaró al populismo «víctima del Coronavirus-19», mientras que Valerio Alfonso Bruno y James Downes (2021) argumentaron que «a los partidos populistas de derecha radical (PRR) se les ha arrebatado su razón de ser y han quedado impotentes políticamente frente a la pandemia». Por el contrario, Paolo Gerbaudo (2020) afirmó que a Europa le espera «algo mucho peor que la derecha populista de la década de 2010: una extrema derecha que utiliza todo el arsenal del miedo rojo y del autoritarismo de derechas para intimidar a sus oponentes y defender sus intereses de las demandas de una redistribución económica significativa». Varios estudios, sin embargo, han demostrado que la mayor parte de las ideas sobre el populismo y la pandemia estaban equivocadas. De hecho, no todos los populistas negaron o minimizaron la pandemia, los populistas en el gobierno no fueron en general ni más ni menos (in) competentes que los gobiernos no populistas, y el «populismo» no murió ni se fortaleció con la COVID-19 (Meyer, 2020; Wondreys & Mudde, 2021).

Esto no debería sorprender, ya que los actores populistas son muy diversos y abarcan un espectro político de izquierda a derecha radicales. Además, los partidos y políticos populistas se encuentran en posiciones políticas muy diferentes, es decir, gobiernos de un solo partido, parte de una coalición más am-

plia, y oposición parlamentaria o extraparlamentaria. Dicho esto, es cierto que cada vez más partidos y políticos populistas se volvían más escépticos ante las medidas preventivas que iban desde las mascarillas hasta confinamientos durante la segunda ola pandémica.

En sentido más teórico, como «ideología delgada», el populismo no tiene una posición sobre cuestiones de salud pública. Se ha argumentado que el populismo se opone intrínsecamente a los «expertos», pero eso es una simplificación. En la práctica, los populistas han propagado y utilizado regularmente a los expertos (Taggart, 2000). A lo que se oponen es a un «gobierno de expertos», que esté por encima de «la voluntad general del pueblo» (Müller, 2020). Como cuestión política, la pandemia puede situarse en el marco más general del populismo como respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático. De hecho, muchos populistas europeos, en particular los de la oposición, se han presentado como la voz del «pueblo» contra las políticas de COVID-19: «corruptas», «incompetentes» y «antidemocráticas» impuestas por la élite política (Wondreys & Mudde, 2021).

Aun así, la pandemia no parece ser un acontecimiento que haya favorecido a los partidos populistas. Aunque estos tienden a ser los únicos partidos con cierta entidad que critican a los demás partidos, incluido por supuesto al gobierno y a la oposición, por ignorar al «pueblo» e impulsar políticas «antidemocráticas», la cuestión no es tan fácil de vincular a su mensaje central. Pero lo cierto es que a medida que las economías han sido duramente golpeadas, los populistas de izquierda han luchado por conseguir apoyo con el fin de subir los impuestos y aumentar la redistribución, incluso a pesar de que las políticas de austeridad sean menos populares hoy que durante la Gran Recesión. Y a los partidos populistas de derecha radical se les ha despojado de su relevante política nativista puesto que el cierre de fronteras que casi todos los países decidieron hacer desde el principio, se hizo con el apoyo de la mayoría de los partidos principales. En todo caso, esto demuestra, una vez más, que el populismo es secundario para la mayoría de los partidos populistas, y refuerza principalmente a la ideología anfitriona, ya sea el nativismo en la derecha o el socialismo en la izquierda.

REFERENCIAS

- Aberbach, J., Putnam, R. D., and Brockman, B. (1981). *Bureaucrats and Politicians in Western Democracies*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Abts, K., & Rummens, S. (2007). Populism Versus Democracy. *Political Studies*, 55(2), 405-422.
- Alonso-Muñoz, L., & Casero-Ripollés, A. (2018). Communication of European Populist Leaders on Twitter: Agenda Setting and the 'More is Less' Effect. *El Profesional de la Información*, 27(6), 1193-1202.
- Aslanidis, P. (2016). Is Populism an Ideology? A Refutation and a New Perspective. *Political Studies*, 64(1), 88-104.
- Baglioni, A. (2016). *The European Banking Union: A Critical Assessment*. London: Palgrave Macmillan.
- Betz, H.G. (2021). Coronavirus-19's Victims: Populism. En T. Bar-On, & B. Molas (eds.), *Radical Right-Wing Responses to COVID-19*. Stuttgart: Ibidem, forthcoming.
- Betz, H. G (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Basingstoke: Macmillan.
- Borchert, J. & Zeiss, J. (2003). *The Political Class in Advanced Societies: A Comparative Handbook*. Oxford: Oxford University Press.
- Borriello, A. & Jäger, A. (2021). The Antinomies of Ernesto Laclau: A Reassessment. *Journal of Political Ideologies*, FirstView.
- Bro, P. & Wallberg, F. (2014). Gatekeeping in a Digital Era: Principles, Practices and Technological Platforms. *Journalism Practice*, 9(1), 92-105.
- Bruno, V. A. & Downes, J. F. (2021). COVID-19 and the (Temporary) Fall of the Populist Radical Right in European Politics? En T. Bar-On, & B. Molas (eds.), *Radical Right-Wing Responses to COVID-19*. Stuttgart: Ibidem, forthcoming.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Populism. *Political Studies*, 47(1), 2-16.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. London: Harcourt Brace Jovanovich.
- Capoccia, G. (2005). *Defending Democracy: Reactions to Extremism in Interwar Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Crouch, C. (2000). *Post-Democracy*. Cambridge: Polity.
- Dancygier, D. (2017). *Dilemmas of Inclusion: Muslims in European Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- De Dijn, A. (2020). *Freedom: An Unruly History*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- De Vries, C. (2018). *Euroscepticism and the Future of Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Diamond, L. (2003). Defining and Defending Democracy. En R. A. Dahl, I. Shapiro, &

- J. A. Cheibub (eds.) *The Democracy Sourcebook*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Elçi, E. (2021) Politics of Nostalgia and Populism: Evidence from Turkey. *British Journal of Political Science*, forthcoming.
- Ellinas, A. A. (2010). *The Media and the Far Right in Western Europe: Playing the Nationalist Card*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Engesser, S., Ernst, N., Esser, F. & Büchel, F. (2017). Populism and Social Media: How Politicians Spread a Fragmented Message. *Information, Communication & Technology*, 20(8), 1109-1125.
- Freeden, M. (2017). After the Brexit Referendum: Revisiting Populism as an Ideology. *Journal of Political Ideologies*, 22(1), 1-11.
- Freeden, M. (1998). Is Nationalism a Distinct Ideology? *Journal of Political Ideology*, 46(4), 748-765.
- Garcia-Guadilla, M. P & Mallen, A. (2019). Polarization, Participatory Democracy, and Democratic Erosion in Venezuela's Twenty-First Century Socialism. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 681(1), 62-77.
- Gellner, E. & Ionescu, G. (ed.) (1970). *Populism: Its Meanings and National Characteristics*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Gerbaudo, P. (2018). Social Media and Populism: An Elective Affinity. *Media, Culture & Society*, 40(5), 745-753.
- Gerbaudo, P. (2020). Coronavirus Embarrassed Trump and Bolsonaro. But the Global Right Will Fight Back, *The Guardian*. Disponible en: www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/01/populist-right-coronavirus (consultado el 3 de febrero de 2020).
- Greskovits, B. (1998). *The Political Economy of Protest and Patience: Easy European and Latin American Transformations Compared*. Budapest: Central European University Press.
- Hawkins, K. A. & Rovira Kaltwasser, C. (2017). The Ideational Approach to Populism. *Latin American Research Review*, 52(4), 513-528.
- Held, J. (ed.) (1996). *Populism in Eastern Europe: Racism, Nationalism, and Society*. New York: East European Monographs.
- Hooghe, L. & Marks, G. (2009). A Postfunctionalist Theory of European Integration: From Permissive Consensus to Constraining Dissensus. *British Journal of Political Science*, 39(1), 1-23.
- Howarth, D. & Quaglia, L. (2016). The Steep Road to European Banking Union: Constructing the Single Resolution Mechanism, *Journal of Common Market Studies*, 52 (Annual Review), 125-140.
- Kittilson, M. C. (2006). *Challenging Parties, Changing Parliaments: Women and Elective Office in Contemporary Western Europe*. Columbus, OH: The Ohio State University Press.
- Kriesi, H. (2020). Is There a Crisis of Democracy in Europe? *Politische Vierteljahresschrift*, 61, 237-260.

- Kriesi, H. & Pappas, T. (eds.) (2015). *European Populism in the Shadow of the Great Recession*. Colchester: ECPR Press.
- Laclau, E. (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*. Atlantic Heights, NJ: Humanities Press.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. London: Verso.
- Lijphart, A. (1977). *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Lipset, S. M. (1959). Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy. *American Political Science Review*, 53(1), 69-105.
- Lipset, S. M. (1960). *Political Man: The Social Bases of Politics*. New York: Anchor.
- Lipset, S. M. (1955). The Radical Right: A Problem for American Democracy. *British Journal of Sociology*, 6(2), 176-209.
- Maignuashca, B. (2019). Resisting the 'Populist Hype': A Feminist Critique of a Globalizing Concept. *Review of International Studies*, 45(5), 768-785.
- Mair, P. (2013). *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*. London: Verso.
- Mazzoleni, G. (2008). Media Logic. En W. Donsbach (ed.). *The International Encyclopedia of Communication*. John Wiley & Sons.
- Mazzoleni, G., Stewart, J., & Horsfield, B. (eds.) (2003). *The Media and Neo-Populism: A Contemporary Comparative Analysis*. Westport, CT: Praeger.
- Meyer, B. (2020). *Pandemic Populism: An Analysis of Populist Leaders' Responses to Covid-19*. London: Tony Blair Institute for Global Change.
- Michalis, M. (2013). Thirty Years of Private Television in Europe - Trends and Key Moments. En K. Donders, C. Pauwels & J. Loisen (eds). *Private Television in Western Europe*. London: Palgrave Macmillan.
- Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*. Redwood City, CA: Stanford University Press.
- Moffitt, B. (2020). *Populism*. Cambridge: Polity.
- Mosca, L. & Tronconi, F. (2019). Beyond Left and Right: The Eclectic Populism of the Five Star Movement. *West European Politics*, 42(6), 1258-1283.
- Mouffe, C. (2019). *For a Left Populism*. London: Verso.
- Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. London: Verso.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist, *Government and Opposition*, 39(4), 541-563.
- Mudde, C. (2016). *On Extremism and Democracy in Europe*. London: Routledge.
- Mudde, C. (2017). An Ideational Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo & P. Ostiguy (eds.). *The Oxford Handbook on Populism*. Oxford University Press.

- Mudde, C. (2019). The 2019 EU Elections: Moving the Center. *Journal of Democracy*, 30(4), 20-34.
- Mudde, C. (2021). Populism and Constitutionalism: Theory and Practice. En N. Holtug & E. Uslaner (eds.) *National Values and Social Cohesion*. Colchester, UK: ECPR Press, forthcoming.
- Mudde, C. & Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Müller, J. W. (2020). Why Do Rightwing Populist Leaders Oppose Experts. *The Guardian*. Disponible en: www.theguardian.com/commentisfree/2020/mar/26/right-wing-populist-leaders-oppose-experts-not-elites (consultado el 5 de febrero de 2021).
- Müller, J. W. (2016). *What Is Populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Norris, P. (1999). Recruitment in the European Parliament. En R. S. Katz & B. Wessels (eds.). *The European Parliament, the National Parliaments, and European Integration*. Oxford University Press.
- ODIHR (2018). *Hungary: Parliamentary Elections 8 April 2018*. Warsaw: OSCE ODIHR.
- Parsons, C., & Weber, T. (2011). Cross-Cutting Cleavages and Party Strategy in the European Union. *Comparative Political Studies*, 44(4), 383-411.
- Palonen, E. (2018). Performing the Nation: The Janus-Faced Populist Foundations of Illiberalism in Hungary. *Journal of Contemporary European Studies*, 26(3), 308-321.
- Radaelli, C. M. (2013). *Technocracy in the European Union*. London: Routledge.
- Reilly, K. (2016). Read Hillary Clinton's 'Basket of Deplorables' Remarks About Donald Trump Supporters. *Time*. Disponible en: <https://time.com/4486502/hillary-clinton-basket-of-deplorables-transcript> (consultado el 12 de diciembre de 2020).
- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo, P., & Ostiguy, P. (2017a). Populism: An Overview of the Concept and the State of the Art. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo & P. Ostiguy (eds.) (2017). *The Oxford Handbook on Populism*. Oxford University Press.
- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo P. & Ostiguy, P. (eds.) (2017b). *The Oxford Handbook on Populism*. Oxford University Press.
- Schumpeter, J. (1956). *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper and Row.
- Stavrakakis, Y., Katsambekis, G., Kioupkiolos, A., & Siomos, T. (2018). Populism, Anti-populism and Crisis. *Contemporary Political Theory*, 17(1), 4-27.
- Streeck, W. (2016). *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*. London: Verso.
- Sultan, N. M. (2017). Election 2016: Trump's Free Media Helped Keep Cost Down, But Fewer Donors Provided More of the Cash, *OpenSecrets*. Disponible en: <https://www.opensecrets.org/news/2017/04/election-2016-trump-fewer-donors-provided-more-of-the-cash>

- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Taggart, P. (2004). Populism and Representative Politics in Contemporary Europe. *Journal of Political Ideologies*, 9(3), 269-288.
- Tumber, H. (1993). 'Selling Scandal': Business and the Media. *Media, Culture & Society*, 15(3), 345-361.
- Uhlig, H. (2010). Euro Area Business Cycle Dating Committee: Determination of the 2009 Q2 trough in Economic Activity. Disponible en: <https://cepr.org/voxeu/columns/euro-area-business-cycle-dating-committee-determination-2009-q2-trough-economic> (consultado el 5 de febrero de 2021).
- Von Beyme, K. (1996). The Concept of Political Class: A New Dimension of Research on Elites? *West European Politics*, 19(1), 68-87.
- Walgrave, S. & De Swet, K. (2004). The Making of the (Issues of the) Vlaams Blok, *Political Communication*, 21(4), 479-500.
- Wettstein, M., Esser, F., Schulz, A., Wirz, D. S., & Wirth, W. (2018). News Media as Gatekeepers, Critics, and Initiators of Populist Communication: How Journalists in Ten Countries Deal with the Populist Challenge. *The International Journal of Press/Politics*, 23(4), 476-495.
- Wihbey, J. Coleman, T.D. Joseph, K. Lazer, D. (2017). Exploring the Ideological Nature of Journalists' Social Networks on Twitter and Associations with News Story Content, Proceedings of Data Science + Journalism @ KDD'17, Halifax, Nova Scotia, Canada.
- Wike, P., Poushter, J., Silver, L., Devlin, K., Fetteroff, J., Castillo, A., & Huang, C. (2019). Gender Equality. *Pew Research Center*. www.pewresearch.org/global/2019/10/14/gender-equality-2 (consultado el 6 de febrero de 2021).
- Wilson, K. (2020). Attitudes Toward LGBT People and Their Rights in Europe. *Oxford Research Encyclopedia of Politics*. Disponible en: oxfordre.com/politics/view/10.1093/acrefore/9780190228637.001.0001/acrefore-9780190228637-e-1335 (consultado el 6 de febrero de 2021).
- Wojcik, S. & Hughes, A. (2019). Sizing Up Twitter Users, *Pew Research Center*. Disponible en: www.pewresearch.org/internet/2019/04/24/sizing-up-twitter-users (consultado el 5 de febrero de 2021).
- Wondreys, J. & Mudde, C. (2021). Victims of the Pandemic? European Far-Right Parties and COVID-19. *Nationalities Papers*, forthcoming.
- Wortman, R. (1967). *The Crisis of Russian Populism*. London: Cambridge University Press.
- Ziblatt, D. (2017). *Conservative Parties and the Birth of Democracy*. New York: Cambridge University Press.